

vantes la sal de sus donaires, que también la hizo caer con mano certera sobre los encargados de administrar justicia y sobre el tenebroso laberinto de sus prácticas nefandas, que por inmerecida desdicha tuvo sobrada ocasión de conocer.

Los sumarísimos fallos dictados por Sancho en el breve período de su efímero gobierno y el inesperado acierto que en todos ellos resplandece, si pregonan su buen juicio y sana condición, nos lo muestran además muy otro, de aquellos magistrados rutinarios y crueles que por los días en que se escribió el Quijote, solían, tras el lento andar de interminables procesos, hacer escarnio de la humanidad y del derecho, con sentencias irracionales. Las del ínclito escudero, por lo que hay en ellas de aleatorio y de equitativo a la vez, evocan el recuerdo de aquel Bridoye, de quien refiere Rabelais — ese hermano menor del glorioso manco— en el libro tercero de las pantagruélicas hazañas, que habiendo sido acusado ante los jueces del Parlamento de Myrelingues, de haber fallado injustamente en cierto